

IX Certamen Cronoteatro (2023): Una década prodigiosa

<https://dx.doi.org/10.5209/pygm.103833>



La IX edición de este certamen de teatro a contrarreloj en el Metro de Madrid formó parte de las actividades de la Semana Complutense de las Letras 2023. En dicha entrega se celebró el primer decenio de existencia de Cronoteatro bajo la temática «Una década prodigiosa», donde se invitaba a los participantes a explorar distintas modalidades teatrales: desde el musical hasta la danza. Las obras seleccionadas se adaptan a las modalidades habituales de Coche (2 min.) o Andén (6 min.).

El responsable de la coordinación del certamen fue César Barló y el jurado estuvo integrado por la actriz e investigadora del ITEM-UCM María Bastianes; la actriz, dramaturga, directora y pedagoga teatral Patricia Benedicto; la actriz y profesora de interpretación Emi Caínzos; la profesora de Literatura e investigadora teatral Marta Olivas; y la directora de la colección de Teatro de Ediciones Antígona Conchita Piña.

Modalidad andén

1. En busca del metro perdido. Jorge Moreno

Personajes: MAMÁ Proust, madre del genio. MARCEL Proust, el genio referido.

La obra tiene lugar en un recodo cualquiera entre los innumerables recodos que ofrece en sus andenes el metropolitain madrileño.

Acto único

MAMÁ Proust camina lentamente –en claro contraste con el ajetreo de que hace gala el resto de viajeros–. La figura de MARCEL brota al fondo –porta numerosas hojas garrapateadas–.

MAMÁ. (Reparando en él y deteniéndose.) Oh, Marcel, mon petit ange: comment tu te sens?

MARCEL. (Tras un profundo suspiro.) Accablé par la morne journée et la perspective d'un triste lendemain.

MAMÁ. ...Eso te pasa por desobedecerme: ¿no te he dicho mil veces que tomes el ómnibus o el tranvía? El subsuelo no es lo más aconsejable para tu asma, tu claustrofobia, tu nictofobia y tu cuento. Yo uso el metropolitain porque los doctores me han recomendado pasear... (Con cierta resignación molesta.) y gracias a los transbordos organizo paseos inacabables (Se pasa las manos por el talle.) hasta en la figura se me nota. (Risa coqueta.) A mis años; quién me lo iba a decir.

MARCEL. Estás preciosa, mamá.

MAMÁ. ...Adulador. Como premio a tus halagos hoy podrás dormir con la luz encendida: iré dando orden a la sirvienta de que prepare el quinqué. (Va a caminar de nuevo pero la voz de MARCEL se lo impide.)

MARCEL. ¿Qué quinqué?

MAMÁ. ¿Qué?

MARCEL. ¿Que qué quinqué?

MAMÁ. ¿Que qué quinqué... de qué?

MARCEL. ¿Que qué quin...?

MAMÁ. (Corta por lo sano.) ¡Basta de quinqué, s'il vous plaît!

MARCEL. (Risa inocente.) ...Te ha salido un pareado.

MAMÁ. Y a ti te va a salir un moratón en la cara como no *salgamos* de este diálogo de besugos. (MARCEL se *cohíbe*.)...La cuestión es que esta noche podrás dormir con la luz encendida –sea gracias a un maldito quinqué, a una bombilla o a una antorcha medieval-. Volvamos a casa antes de que esto se llene de artistas callejeros.

MARCEL. Claro, mamá... pero antes quiero que seas partícipe de la buena nueva.

MAMÁ. ¿Buenas noticias? Maravilloso: las buenas noticias me resultan tan agradables como fingir un desmayo en el palco de la ópera; las buenas noticias me resultan tan agradables como levantar con displicencia la mirada ante el saque inicial en un partido de balompié; las buenas noticias me resultan tan agradables como cerrar impetuosamente el abanico respondiendo a una gracia subida de tono.

MARCEL. (Pausa. *Menea la testa*.) ...Tal vez deberías abandonar tu zona de confort, madre.

MAMÁ. ¿Insinúas que no estoy a la última? Porque eres mi hijo predilecto, que si no... Habrás visto. Que no estoy a la última. Existen pocas madres tan modernas. Iré dando orden a los palafreneros para que enjaezcen los corceles. (Va a reemprender la caminata. *Para sí*.) ...Mi "zona de confort", dice.

MARCEL. ...Dejémoslo estar. Agárrate, mamaíta: ya dispongo de título para la novela que estoy escribiendo.

MAMÁ. ¿Ah, sí? Oh, Marcel, *mon petit diabétique*... Sabía que lo conseguirías; en la familia Proust nadie se rinde antes de conseguir sus objetivos; mira a tu padre, por ejemplo: se empeñó en estudiar medicina... y terminó doctorándose –dicen que eso es incluso más que un máster-; se empeñó en seducirme... y caí rendida en sus brazos; se empeñó en engendrar un vástago fornido... y... (*Titubea; no sabe cómo continuar. Disimula, carraspeando*.) ...Mira a tu padre.

MARCEL. (En su mundo, con solemnidad.) *À la recherche du temps perdu*.

MAMÁ. *Quoi*?

MARCEL. *Quoi... quoi?*

MAMÁ. No pasemos del diálogo de besugos al de patos, te lo suplico.

MARCEL. Es el título de mi novela con tintes autobiográficos, madre: *À la recherche du temps perdu –En busca del tiempo perdido*.

MAMÁ. (Tras una meditativa pausa.) ¿Es una indirecta? Yo no tengo tiempo de perder el tiempo; no doy abasto: el club de tenis, la tertulia literaria, el club de lectura de libros sobre tertulias literarias acerca del tenis... No hay descanso para una madre decimonónica que se precie de serlo. Y luego tú te atreves a hablarme de "zonas de confort".

MARCEL. *Quoi?*

MAMÁ. (Severa.) Mira, Marcel... que saco la escopeta de caza de tu padre.

MARCEL. ¿No lo estimas un buen título?

MAMÁ. Eso de... *el tiempo perdido*... no me convence: sólo pierden tiempo los vagos, los malos ciclistas y los aprendices de escritores.

MARCEL. ¿Es una indirecta?

MAMÁ. (A lo suyo.) ¿De qué trata?

MARCEL. Bueno, mamá... Es difícil resumir... así, de buenas a primeras...

MAMÁ. Una sinopsis, chico.

MARCEL. Es que... mi novela carece de argumento en el sentido tradicional del término.

MAMÁ. Tonterías, Marcel: no hay novelas sin argumento.

MARCEL. La mía pasará a la Historia, mamá.

MAMÁ. ¿Tan mala es?

MARCEL. (Ñoño.) ¡Mamaaá...!

MAMÁ. Vamos, pequeño: anticipárame algo –para animarme a su lectura.

MARCEL. ...Está bien; trataré de que te hagas una idea.

MAMÁ. *Allez*.

MARCEL. Pues... (*Toma aire; de carrerilla*.) Más que del relato de una serie determinada de acontecimientos, la novela se introduce en la memoria del narrador, en sus recuerdos y en los vínculos que dichos recuerdos establecen: Marcel, joven hipersensible perteneciente a una familia burguesa de París de principios del siglo XX, quiere ser escritor. Sin embargo, las tentaciones mundanas le desvían de su primer objetivo;

atraído por el brillo de la aristocracia o de los lugares de veraneo de moda, crece a la vez que descubre el mundo, el amor y la existencia de la homosexualidad. La enfermedad y la guerra, que lo apartarán del mundo, también proporcionarán que tome conciencia de las tentaciones mundanas y de su aptitud para llegar a ser escritor y ser capaz de fijar... el tiempo perdido. (*Silencio casi ritualístico*.)

MAMÁ. (Ironía.) ...Y eso que carece de argumento.

MARCEL. Wikipedia, que hace milagros.

MAMÁ. ¿Quién?

MARCEL. Olvídalos, mamá; la zona de confort, la zona de confort... Te lo he dicho: abandona tu zona de confort.

MAMÁ. No pienso mudarme ahora, si te refieres a eso. ¿Sabes cómo están los alquileres? *Scandaleux*!

MARCEL. ¿Qué opinas?

MAMÁ. ¿Del mercado inmobiliario?

MARCEL. De mi novela.

MAMÁ. Me parece un tanto... densa. Al menos... ¿tienes pensado que sea breve?

MARCEL. Está todo decidido: siete volúmenes; tres mil páginas.

MAMÁ. (Pausa. *Vuelve a la carga irónica*.)... Para leer entre parada y parada. *El Quijote*, en comparación, una hoja parroquial.

MARCEL. (Mohino.) ¡No te gusta!

MAMÁ. Escucha...

MARCEL. ¡No escucho nada! (Se tapa los oídos con las manos, dejando caer parte de los folios que lleva consigo. *Canturrea*.)

Frère Jacques, Frère Jacques,

Dormez-vous? Dormez-vous?

Sonnez les matines!

Sonnez les matines!

Ding, dang, dong,

ding, dang, dong...

MAMÁ. Sabes que no soy la mejor crítica.

MARCEL. (Aparte dramático.) ¡A mi madre no le gusta mi novela! ¿Qué otra cosa peor ha de acontecerme? ¿Que a mi novela no le guste mi madre?

MAMÁ. Marcel... De veras que confío en tu talento literario, pero... ¿no crees conveniente buscar alternativas, nuevas experiencias, caminos intransitados...? Lo que viene siendo abandonar... (*Maliciosa*.) Tu zona de confort. (*Vuelve a caminar, abandonando a su hijo*.)

MARCEL. (Reaccionando, al fin.) ¡Me da igual que no te guste mi novela! ¡Me da exactamente igual! ¡Me las arreglaré yo solo! ¡Me transformaré en un hombre de bigote en pecho! ¡Se acabó lo que se daba o, dicho de otra manera: C'est fini! ¡Saldré de esta! ¿Me oyes, mamá? ¡Saldré de esta! ¡Saldré de...! (Se frena, atemorizado. A los usuarios.) ¿Cómo se sale de esta... estación? Yo nunca he sabido interpretar los paneles informativos -de eso se encarga siempre mi madre-: demasiados colores -y mi vida es tan gris-. (*Sigue la estela de MAMÁ. Dulce*.) Mamiii... Mamitaaa... Cambiaré el argumento. Destrozaré el argumento, si lo prefieres. Y la extensión. Convertiré una novela de tres mil páginas en un libro de bolsillo. ¡En un prospecto! Puedo cambiarlo todo. Pero... por favor... no me dejes aquí. No me dejes vagando cual fantasma... *En busca del metro perdido*. (A los viajeros.) Ésta no será una (*Voz mecánica*.) estación en curva, (*Voz angustiada*.) ¿verdad? (Pausa.) ¡Mamá! ¡Mamaaa! (Suelta los papeles y sale tras ella.)

TELÓN

(Si existiera tal posibilidad, que no es el caso.)

2. I'm late. Carlos Be

Personajes: Él y Ella

Un usuario del metro con mucha prisa interpela al resto del público en el andén de una estación “¿Qué hora es?”, “¿Cuánto tiempo tarda en llegar el metro?”, “Es que tengo mucha prisa”, “He quedado ahora y ya voy con retraso”.

Llega una usuaria del metro, también con mucha prisa.

ELLA. ¿Alguien tiene un cargador de iPhone?

ÉL. Yo. Hola.

ELLA. Hola. ¿Tú también tienes prisa?

ÉL. Sí, mucha.

ELLA. ¿Mucha?

ÉL. ¡Mucha, sí! ¡Un montón!

ELLA. ¡Como yo! ¿Desde cuándo?

ÉL. ¿Cómo que “desde cuándo”? Todo el mundo me pregunta “por qué”. ¿“Por qué” tengo prisa?, no “desde cuándo”.

ELLA. El “por qué” nadie lo sabe, ¿quién lo sabe? (Al público.) Nadie.

ÉL. (A un primer espectador.) ¿Nadie?

ELLA. Nadie.

ÉL. (A un segundo espectador.) ¿Nadie?

ELLA. Nadie tampoco.

ÉL. (A un tercer espectador.) ¿Nadie?

ELLA. ¿Yes?, nadie. ¿Desde cuándo?

ÉL.- ¿“Desde cuándo” qué?

ELLA. ¿Desde cuándo tienes prisa?

ÉL.- Desde siempre.

ELLA. ¡Lo sabía!

ÉL.- ¡Eres rápida!

ELLA. ¡Gracias! ¿Y “desde siempre” es “desde siempre”?

ÉL.- Desde que nací. Atropellaron a mi madre embarazada de mí de ocho meses. Nací entre las ruedas de un dos caballos.

ELLA. ¿Y tu madre?

ÉL. Bien, gracias. ¿Y tú?

ELLA. También bien, gracias. ¡Estupenda!

ÉL. Ya veo, sí... Me refería a si también tienes prisa desde siempre.

ELLA. ¡Anda, claro! De hecho, desde antes que tú. No había nacido y ya tenía prisa.

ÉL. Eso es imposible.

ELLA. Cuéntaselo a mi madre. Al séptimo mes de embarazo decidí descolgarme. Era lo más rápido, dejarse caer, y me solté. Mi madre, un susto de muerte. Es que no aguantaba más ahí adentro, un muermo. Un útero es lo peor.

ÉL. Nunca antes había encontrado a nadie con tanta prisa como yo.

ELLA.- Porque nadie puede alcanzarte... ¡Tengo prisa!

ÉL.- ¡Y yo! ¡Espero volver a verte!

ELLA.- ¡Espera!

ÉL.- ¿Que espere! ¿Estás loca! ¡No puedo esperar!

ELLA.- ¿Adónde vas con tanta prisa?

ÉL.- ¡A verte!

ELLA.- Ése es un buen porqué.

ÉL.- Y decías que el porqué no lo sabía nadie...

ELLA. ¿Cómo!

ÉL. ¡Disculpa, no tengo tiempo, voy tarde, adiós! ¡Hola!

ELLA. Adi... ¿Hola?

ÉL. Ya estoy aquí. Tenía prisa por verte.

ELLA. Si aún no me he despedido de ti...

ÉL. Pues yo ya te estoy viendo por segunda vez...

ELLA. ¡Qué prisa llevas!

ÉL. No lo sabes tú bien. ¿Me has echado de menos?

ELLA. No me has dado tiempo...

ÉL. ¿Cómo voy a darte tiempo si apenas tengo para mí? Ya estoy de vuelta. ¿Me has echado de menos sí o no?

ELLA. Algo sí, algo sí que te he echado de menos...

(Él se abalanza sobre ella, sus cuerpos se aplastan contra la pared, rebotan y al separarse de nuevo, él ya tiene un cigarrillo en la boca y ella le da llama.)

ÉL. ¿Te ha gustado?

ELLA. Pues la verdad es que... Se me ha pasado volando, vamos.

ÉL. Eso es que te ha gustado.

ELLA. Si tú lo dices. (Ella se desarregla la ropa y el cabello.)

ÉL. ¿Qué haces!

ELLA. ¡Me visto con prisas!

ÉL. ¿Adónde vas?

ELLA. Con mi pareja...

ÉL. ¡No me habías dicho que tuvieras pareja!

ELLA. ¿Cuándo te lo iba a decir!

ÉL. ¿Y qué le vas a decir?

ELLA. (Coge de la mano a un espectador y le dice lo siguiente.) Lo nuestro ha terminado. Tú no lo sabes, pero ha terminado. Hace tres segundos, cuatro, cinco... Es lo que tienen las prisas. He conocido a otro hombre y quiero estar con él. ¿Que quién es él? No me preguntes... Quiero estar con él.

ÉL. ¿Conmigo?

ELLA. Contigo, sí... ¿Estás celoso? Te lo iba a decir en nuestro tercer encuentro, pero hay prisa y te lo digo ya. ¿Me quieres?

ÉL. ¿Pero si aún no has soltado al otro!

ELLA. (Se suelta de la mano del espectador.) ¡Ya!

ÉL. Sí... Ahora sí... Por cierto... ¿Cómo te llamas?

ELLA. Carmen.

ÉL. Juan.

(Carmen y Juan se besan apasionadamente.)

ELLA. Juan... Era Juan, ¿cierto?

ÉL. Sí.

ELLA. ¿Es nuestro primer beso?

ÉL. Sí.

ELLA. ¿En la tercera cita?

ÉL. La segunda que cuenta también como la tercera. Antes no ha habido tiempo. ¿Volveré a verte?

ELLA. Si aún no me he ido.

ÉL. Pero ya quiero que vuelvas. No te has ido que ya estoy esperándote. Es más, quiero que te vayas para querer que vuelvas y se me junta tu recuerdo con tu presencia y no sé con cuál quedarme, fíjate cómo son las prisas, qué mal nos tenemos...

ELLA. Qué mal nos tenemos, sí, a mí me ocurre lo mismo.

ÉL. ¿En serio?

ELLA. Siempre quise conocer a alguien como tú, que entendiera lo importante que son las prisas, esperar hasta el último momento para salir y correr más que nadie para que lo único que se escuche por la calle sean mis tacones en el asfalto, y el deseo de tenerte, allí en lo alto, entre las luces de las farolas y mil sombras de edificios, para mantenerte cuanto antes y cuanto antes separarnos para que el deseo vuelva a mis tacones y a las calles... Lo único que tengo son mis prisas, pero hace tanto que corro que ya ni me siento importante...

ÉL. ¡Ahora tus prisas son también las mías!

ELLA. ¡Que nadie nos detenga!

ÉL. Ni las luces de las farolas ni las sombras de mil...

(Ella se dobla de dolor con una primera contracción.)

ÉL. ¿Qué sucede?

ELLA. No me encuentro bien. Las tripas.

ÉL. ¡Ve al baño!

ELLA. ¡Ya he ido y he vuelto!

ÉL. ¿Ya!

ELLA. ¡Estoy embarazada! Diría que estoy embarazada.

ÉL. A ver, ¿no será algo que has comido?

ELLA. ¡Mira el predictor! ¡Rosa!

ÉL. Si no ha tenido ni tiempo de cambiar de color.

ELLA. He cogido uno rosa directamente. Para ganar tiempo.

ÉL. Eso quiere decir que... ¿voy a ser padre?

ELLA. Creo que sí.

ÉL. Porque ya dejaste a tu pareja, ¿verdad?

ELLA. Bueno, estamos en ello... Si es que todo va tan rápido...

(Carmen se dobla de dolor con una segunda contracción).

ÉL. ¡Es maravilloso!

ELLA. Sí.

ÉL. Espero que no nos salga retrasado.

ELLA. ¡No digas eso! ¡Ni en broma!

ÉL. No lo soportaría. ¿Qué hora es? (Al público.) ¿Qué hora es? ¿Qué hora...? Ya tarda, ay, ay, ay, ya tarda, viene retrasado, ay que viene retrasado... Tengo que llamar a un amigo, él sabe de estas cosas...

ELLA. ¿Un médico?

ÉL. Sí, dentista. De los mejores, de los que tienen más prisa que nadie...

ELLA. Nunca he conocido a un dentista con más prisas que yo.

ÉL. Éste es el mejor, no has abierto la boca que ya está perforándote con el torno. (Al público.) Aquí tenéis su tarjeta, atiende enseguidísima.

ELLA. No sé yo... ¿Tú crees que es buena idea?

ÉL. ¿Se te ocurre algo mejor?

ELLA. Un... (Se dobla de dolor con una tercera contracción.) ¡No!

ÉL Y ELLA. ¡Rápido, no hay tiempo, vamos tarde!

ELLA. ¡No puedo ni pensar!

ÉL. (Al público.) Que alguien llame, ¿ya?, un teléfono, un teléfono... (Coge el teléfono que le cedan y lo devuelve al instante.) Ya tienes hora con mi amigo, te recibe en treinta minutos, veintinueve, veintiocho, ya está corriendo de su casa a la consulta.

ELLA. ¡La madre que le parió! ¡Luz! (Él la ilumina con una linterna.) Di a luz en la butaca del dentista. Fue un niño. Es un niño, pero no me preguntéis más, es lo único que vi cuando salió corriendo, no sé ni como se llama, ni tiempo dio de ponerle nombre, eso sí, por suerte no nos salió retrasado, más bien salió bastante acelerado, tanto que aún no le hemos podido atrapar. ¡Hijo, ponte un nombre por el camino!

ÉL. Tenía más prisa que tú y yo juntos.

ELLA. Tener más prisa que tú y yo juntos no es bueno.

ÉL. No, ¿verdad?

ELLA. (Él apaga la linterna. Al público.) Dentro de quince años recibiremos una llamada de la policía diciéndonos que le han encontrado dando vueltas en bucle en un Carrefour Express, esos verdes. Por lo visto había perdido la cartera vete a saber dónde y no sabía cómo salir con la compra. Al final el guarda de seguridad consiguió estamparlo contra la estantería de los palitos de pipas y esas cosas, y volvió en sí y pidió que nos llamaran. Nos localizaron por sus apellidos porque nombre aún no tenía, pero apellidos sí, el suyo y el mío.

ÉL. (Al público.) No le reconocimos.

ELLA. Qué desilusión al verle. Tan mayor y no quería darnos nietos.

ÉL. Si sólo tenía quince años.

ELLA. ¡Si se hubiera dado prisa ya tendría más! (Al público.) No le reconocimos, así que allí lo dejamos.

ÉL. En el Carrefour Express.

ELLA. Sí...

ÉL. ¿Allí se nos quedó?

ELLA. ¿No te acordabas?

ÉL. No. ¿En serio?

ELLA. Olvidas tan rápido.

ÉL. Llega un momento en que para recordar “algo” tengo que olvidar otro “algo”. Y cuántos más “algunos” olvidé, más “algunos” puedo recordar. Espero que un día no te olvide sin querer...

ELLA. Ya te pasó, ya fui uno de esos “algunos” tuyos. Y no una vez, sino dos.

ÉL. No fastidies.

ELLA. Sí.

ÉL. Perdón. Con las prisas, yo...

ELLA. La primera vez perdiste las llaves fuera de casa...

ÉL. Como mi hijo que lo pierde todo, es que ha salido a mí.

ELLA. Yo no sé quién ha salido a quién, porque con las prisas que lleva tu hijo ahora mismo ya podría ser tu padre. Lo que decía, que perdiste las llaves fuera de casa y, para recordar dónde las habías dejado, olvidaste la dirección en la que vivías, ya no hablemos de la mujer que te abrió la puerta. Eso sí, las llaves las encontraste.

ÉL. ¿Y cómo volví a casa?

ELLA. Mis pósitos en tu cartera. Y la segunda vez... (In albis.) Eh... Pues...

ÉL. ¿Qué pasa?

ELLA. Perdona, es que no he tenido tiempo de aprenderme el texto bien... (*Al público.*) Las prisas, disculpad...

Os lo cuento así, más o menos, a mi manera, resulta que con las prisas, cocinando una tortilla francesa, eché lavavajillas en lugar de aceite. (*A él.*) Por eso me olvidaste.

ÉL. Con razón.

ELLA. Con saña, diría yo. Con saña. Si es lo más normal, equivocarse en la cocina con las prisas... (*Al público.*)

¿Nunca os ha pasado que, cocinando, de repente, con las prisas...? (*Él y ella improvisan con el público.*)

ÉL. O echar azúcar en el café.

ELLA. Eso es normal.

ÉL. No me acordaba del lavavajillas en la tortilla.

ELLA. Echabas pompas de jabón por las orejas y los niños se hacían fotos contigo.

ÉL. Oye, hablando de niños, ¿no hemos pensado nunca en tener hijos?

ELLA. ¿Ya te has vuelto a olvidar?

ÉL. No te preocunes, luego miro el fajo de pósits... Tanta prisa nos hace tener aún más prisa por tener prisa por tener prisa por...

ELLA. ... tener prisa por tener prisa por tener prisa es un sin vivir, y una no sabe cuándo acabará todo esto.

¡Espero no llegar tarde a mi entierro! ¿Y si llego tarde?

ÉL. Te esperaré.

ELLA. Nunca has sabido esperar por nada.

ÉL. Creo que por esta vez podré esperar. Creo que en ese momento no habrá prisa por ir a ninguna parte. No tendré por qué llegar tarde. ¿“Por qué”...? “Por qué tengo prisa?” ¿Sería por ti? Y me doy cuenta tan tarde...

ELLA. Juan...

ÉL. ¿Qué?

ELLA. Adiós.

ÉL. ¿Ya?

ELLA. Sí.

ÉL. Qué rápido. Si parece que hayamos acabado de conocernos.

ELLA. Ha pasado volando.

ÉL. Eso es que nos lo hemos pasado bien.

ELLA. Sí.

ÉL. La próxima vez...

ELLA. No habrá próxima vez...

ÉL. ¿No?

ELLA. No.

ÉL. ¿Y para eso correr tanto?

ELLA. Ya ves.

ÉL. Si lo llego a saber antes.

ELLA. Dime adiós, que vamos tarde.

ÉL. Adiós.

ELLA. Adiós.

ÉL. Te quiero.

ELLA. Juan...

ÉL. ¿Qué?

ELLA. ¿Sabes que, con las prisas, es la primera vez que me dices “te quiero”?

Fin

3. Las de los ochenta. Belén Granados

Personajes: CARMEN, LUISA y MARÍA.

Aparecen CARMEN, LUISA y MARÍA bailando y gritando en el andén del metro de Madrid al son de la música animada que Luisa lleva a todo volumen en su radiocasete, el cual lleva en el hombro sujetándolo con la mano.

CARMEN. (Se sube de un salto encima de un banco del andén, está aterrada.) ¡Ahhhhhhhhhhhhhhhhhhhh! Pero, pero...

LUISA. Tía, ¿qué haces? (Para la música. Mira a su alrededor, observa el techo, las paredes, a la gente, compara con la mirada la vestimenta del resto de personas con las que ellas llevan.) ¡Laaaaaaa leeeeeeeche! (Se sube con Carmen de la misma manera al banco. María, que observa perpleja, tras un pequeño quejido salta también encima del banco junto a sus amigas, se abrazan, se protegen como pueden agachándose, están en shock. Tras unos segundos, al ver que nadie les hace ni dice nada, comienzan a relajarse.)

MARÍA. (Poniéndose de pie en el banco.) Chicas, estáis viendo lo que yo... No, ya en serio ¿qué leches llevaba ese calimacho?

CARMEN. (Recomponiéndose.) Cola y tinto, lo juro, tía. Soy legal, ya lo sabes.

LUISA. (Moviéndose con sigilo por el espacio.) ¿Habéis visto estas paredes? ¿Y esa tele aplastada? ¿Y esos ropajes como de otro planeta estelar, qué son? ¿Y ellos? ¿Quiénes son? ¿Y por qué llevan eso en la boca? (Refiriéndose a las mascarillas).

CARMEN. ¿Lo que tú también llevas? ¡Anda! Y yo... ¡Guau! ¡Lo flipo, tía!

MARÍA. ¿Esto no es lo que se usa en los quirófanos para operar?

LUISA. Joder, tías, que estamos muertas. Eso es. Nos hemos tenido que intoxicar o algo con lo que sea, el cali ese o algo. Después nos han intentado salvar en el hospital y ahora estamos al final del túnel como en las películas, esperando que el tren nos lleve al otro mundo, y toda esta gente está igual que nosotras, posiblemente sean o no de otros planetas, de otras galaxias, de otras dimensiones, pero esta es la parada de espera para todos. De esta parada no se libra ni el Rey. Nadie, absolutamente nadie, se salva.

MARÍA. ¡Tenemos que volver!

CARMEN. Pero ¿cómo?

LUISA. Una vez leí que la música tenía una frecuencia que era capaz de viajar entre diferentes dimensiones...

CARMEN. Pues ¿a qué esperas para encender eso?

MARÍA. (Interrumpiendo para que no encienda el radiocasete) ¡Espera, esto no me cuadra!

CARMEN. ¿Y qué se supone que te tiene que cuadrar? ¿Que estemos muertas o que estemos en otra dimensión?

MARÍA. Somos las únicas diferentes. Nadie va así vestido, nadie es como nosotras... nadie...

CARMEN. ¿Así cómo? ¿Elegantes?

LUISA. Tiene razón. Igual no estamos muertas, y estamos en medio de una pandemia, de la Peste otra vez, que ha vuelto, y han recomendado esos trajes y esas cosas para protegernos. Y como nosotras pasamos de ver la tele, pues no nos hemos enterado de nada como siempre.

CARMEN. O es carnaval y no lo sabemos.

MARÍA. No me cuadra...

CARMEN. ¡Y dale perico al torno!

MARÍA. ¡¡¡Eso es!!!! ¡¡¡Los tornos!!!! En los tornos todo era normal, como siempre, la gente de siempre, las paredes de siempre, todo igual. Pero al cruzar ese pasillo... En ese pasillo ha pasado algo importante, ahí ha sido donde se ha cambiado todo como de universo, de época, así de repente, eso es, es como si... como si...

LUISA. Como si hubiéramos viajado al futuro, ¡como en la peli que justo ha salido este año!

CARMEN. Toma candela...

MARÍA. ¿En qué año estaremos?

LUISA. A juzgar por lo que veo... Todo tan nuevo y moderno ¿En los 2000?

MARÍA. Me cuadra... ahora sí que me cuadra. Decían que este año era clave, que iban a pasar muchas cosas, que podría llegar incluso el fin del mundo.

LUISA. Hemos sido las elegidas para viajar a este año para dejar un mensaje a esta extraña era, y de vuelta poder advertir a los de nuestra época de lo que va a pasar en el futuro para poder poner solución. Porque las cosas estas que llevamos en la boca no tienen muy buena pinta que digamos.

CARMEN. Ni los ropajes de la peña...

MARÍA. Desde luego, porque como eso sea moda, ¡vaya moda! Muy bien, chicas, entonces tenemos que pensar algo ya... No perdamos más tiempo.

LUISA. Tenemos una misión.

MARÍA. ¿Y si les preguntamos en qué año estamos para salir de dudas?

CARMEN. ¡Ni loca! Ni se os ocurra... No sabemos si son peligrosos.

LUISA. Venga sí... ¿Qué va a pasar? Míralos, parecen de fiar.

MARÍA. Nos ayudaría mucho para elaborar un plan. Luisa, finge que te has dado un golpe en la cabeza o algo. Venga va... (*Le da un pequeño empujón a Luisa*).

LUISA. Voy, voy. ¡Todo sea por salvar el mundo! (*A una persona que está esperando el metro.*) Perdone, perdóne... ¿¡Hola!? Te voy a hacer una pregunta un poco rara, no te moleste, pero es que me he dado un pequeño golpe en la cabeza, pero estoy bien, sólo que no sé muy bien dónde estamos ni en qué año... ¿Estamos en los 2000?

PERSONA DEL PÚBLICO. (...)

LAS TRES. ¿2023?

MARÍA. ¡Guauuuuuuuuuuuuuu! ¡Han pasado treinta y ocho años!

CARMEN. ¿treinta y ocho años? ¿Han pasado treinta y ocho años?

MARÍA. Sí, bueno, pero nosotras seguimos igual, que es lo importante.

LUISA. ¡Menos mal!

MARÍA. Oye, antes has dicho que viste en no sé dónde que la música traspasaba dimensiones y tal... Quizá también tenga una velocidad capaz de viajar en el tiempo. Quizá sea la manera de volver a casa.

CARMEN. Me interesa, sigue generando esos pensamientos...

LUISA. (*Refiriéndose al radiocasete.*) Igual la clave está en esta cajita loca que tantas fiestas nos ha regalado.

MARÍA. Enciende la radio, a ver si ahí dicen algo, igual la frecuencia no ha cambiado. (*Luisa enciende la radio.*)

LOCUTOR. Hoy es un día especial, y por eso tenemos un mensaje importante que daros: la música puede transportarte a cualquier lugar, sólo tienes que cerrar los ojos y dejarte llevar. ¡A mover el esqueleto, amigos! (*Vuelve a sonar la música ochentera con la que entraron bailando al principio de la obra. Las tres amigas se agarran fuerte de las manos, cierran los ojos y comienzan a bailar. Fluyen como nunca antes lo habían hecho. Tras unos minutos en éxtasis, Luisa abre los ojos.*)

LUISA. ¡Chicas! ¡Ha funcionado, el pasillo se está iluminando, volvamos a casa por Navidad!

CARMEN. ¿Por Navidad? Será por Semana Santa.

LUISA. Bueno eso, qué más da. Volvamos...

CARMEN. ¡Viva la Virgen del Carmen!

MARÍA y LUISA. ¡Viva!

Se van bailando y gritando de alegría por el pasillo.

Modalidad coche

1. **Ukuku, migrante andino en Madrid.** Shirley Paucara-Shaya Teatro

Personajes: UKUKU (personaje andino peruano, cómico e irónico, que conecta el mundo de arriba y de abajo, el de los vivos y el de los muertos. Es habitual verlo en las fiestas patronales, interactuando siempre con el público, suele llevar un látigo con el que castiga –cómicamente– a aquellos que se han portado mal.)

*Ukuku, sube al tranvía, con su lliclla*¹.

UKUKU. ¡Achachay! ¡Hola, papay! ¡Hola, mamay! ¡Hola, muchachita! ¿Cómo está joven? (*Va saludando mientras sube y va buscando donde sentarse. Va imitando corporalmente a las personas.*) Nadie contesta en este país. Qué raro, ¿no? ¡Gente malcriada, carasho! (*Saca un mapa de las estaciones del metro. Se coloca unos lentes sin luna y le pregunta.*) Señorita, ¿me puede decir cómo llego a la estación Imigrants X? He venido a visitar a mi compadre Ruperto, hace diez años está aquí pues, como ha pasado el tiempo. Dice que ha tenido dos wawitas. Tienen que conocer a su tío. (*Se va acercando a la gente.*) ¿Usted conoce, señorito? ¿Usted me puede llevar allí? Es que es la primera vez que llego aquí pues, a Madrid. (*Mira al otro lado.*) ¡Jacinto! ¡Malicha! ¿Qué ha sido de tu vida, Juancho? ¡Estebio! Se les extraña en el pueblo, oe. Así muchos míos, paisanos, han venido aquí, pesh. Pero a mí no me gusta mucho, un poco sería la gente. ¡Ah! Parece que no son felices, rapidito no más, van de un lado a otro, y ni se miran, ni se conocen, superficial no más son. Ah, no. En mi pueblo yo me conozco a todititos. Pobrecitos no tienen alegría en un sonqo². ¿Dónde ha venido a vivir mi compadre Ruperto? No hay ni apus, ni cerros, ni lagunas; un poco raro es. (*El Ukuku, volteo y se da cuenta que hay una chica que le gusta. Va hacia ella.*) ¡Ay! ¡Achachay! ¡Qué cosa! ¿Qué veo allí? ¡Qué alma más bonita! (*Empieza a latirle el corazón con fuerza. Va, se acerca a ella, la mira, le entrega su corazón –un corazón bordado–.*) Urpillay sonqoyay³. (*Saca, además, una corona de flores andina, fingiendo una boda, la toma de la mano, y dan juntos unos pasos. El saca un papel enrollado y lee.*) Prometo querer que te quieras más que a nadie. Prometo cuidar que ese brillo de tu alma tan bonito nunca se apague y que sea tan grande tu alma y la mía como el Apu Jarhuarazu de mi tierrita linda. (*Se lo da a ella para que lea.* El Ukuku, saca una radio pequeña. suena un carnaval-huayno de fiesta. El ukuku invita a bailar y va

¹ Manta que va hacia la espalda, donde se suele llevar cosas.

² “Corazón”.

³ “Palomita de mi corazón”.

bailando entre el público. Y saca serpentinas). ¡Que vivan los novios! (Luego de un rato, suena un despertador. Reacciona asustado e intenta apagarlo, de varias formas. Él, despierta como de un sueño. Apaga el despertador y grita.) ¡Baja! Estación Imigrants X

2. La era Mr. Wonderful. Carmen Calleja

Personajes: ACTOR 1, ACTOR 2 y ACTOR 3.

ACTOR 1. ¿Está de moda la felicidad? En 2001, Angi y Javi fundan la tienda online que se expande hasta la actualidad. Esto es Mr. Wonderful que, según explican en su web, "es como tu temazo favorito: muchas cosas a la vez. Es la actitud de viernes, es la sonrisa del primer día de vacaciones o el momento justo antes de soplar las velas del pastel. Mr. Wonderful es una forma de ver la vida".

ACTOR 2. La idea del buen rollito comenzó con el diseño de sus invitaciones de boda, continuó con un perfil empresarial en Facebook y actualmente acumulan dos millones de seguidores en Instagram y venden en más de treinta países. Sin embargo, el matrimonio declara que "su proyecto no es ambicioso, no quieren ganar premios ni ser millonarios".

ACTOR 3. Un dato curioso, ya que en 2017 facturaron más de treinta millones. Y el proyecto sigue creciendo.

ACTOR 1. Si alguien está triste, es porque quiere, porque por el módico precio de 14'95€ puede uno empezar la mañana tomando un café en una taza que diga: "Lo que está más bueno de este café, eres tú".

ACTOR 2. A poderío y ganas, a ti nadie te gana

ACTOR 3. Veo tu futuro. Lo vas conseguir seguro.

ACTOR 1. Aquí y ahora. Ve a por todas.

ACTOR 2. Haz que hoy sea el día que llevas tiempo esperando.

ACTOR 3. Lo estás haciendo genial, así que sigue tal cual.

ACTOR 1. A los sueños hay que echarles ganas y un buen café.

ACTOR 2. Eres capaz de lo que te propongas...Y mucho más.

ACTOR 3. *The perfect moment is now.*

ACTOR 1. ¡Alegría! Hoy será un gran día.

ACTOR 2. Lo vas a hacer de maravilla.

ACTOR 3. Estoy a nada de lograrlo todo.

ACTOR 1. Hoy sí que sí.

ACTOR 2. No hace falta ser vidente para saber que te va a ir estupendamente.

ACTOR 3. Cada día puede ser viernes.

ACTOR 1. Cualquier día es perfecto para ser el primer día de tu vida ¡A por una nueva etapa!

ACTOR 2. Vas a hacer grandes cosas

ACTOR 3. Siempre es buen momento para hacerlo todo

ACTOR 1. Los españoles consumieron cincuenta millones de antidepresivos en 2021.

3. No eres un mueble. Martín Miguel Gómez

Personajes: COACH. HOMBRE.

Hay un hombre vestido con ropas arrugadas y la mirada perdida, cargando con una silla. La abre y se sienta. Hace su aparición otro, como en búsqueda de algo, hasta que le encuentra; se prepara como para dar un discurso, y comienza cual entrenador (o coach) a recitar (como aconsejándole imperativamente). A medida que transcurre el monólogo, el hombre sentado acompaña las palabras representando cada acción exageradamente.

ENTRENADOR/ COACH. ¡Levántate!

No eres un mueble.

¡Levántate!

Sonrie.

Crea.

Haz.

Finaliza.

Comienza.

Cree en ti.

Levántate,

no eres un mueble.

Haz tu cama.

Mantén ordenada tu cabeza,

una vez al día al menos.

No te pierdas,

y si quieres perderte
asegúrate de poder encontrarte.
Recuerda,
no olvides a propósito,
eso es hipocresía.
Genera,
oye,
acepta.
Escucha en silencio,
presta atención,
aprende,
equivócate,
evoluciona,
crece,
ama,
ríe,
ríe.
¡Y levántate!
Que no eres un mueble.
Eres un hombre,
sé un hombre,
eres una mujer,
sé una mujer.
Eres un infante,
sé un infante.
Porque eres,
eres alguien.
El mundo depende de tí,
nada se hará solo.
Estas sólo en el mundo,
todo lo que percibes es creado por tí,
creas mundos.
No nos abandones.
Piensa con claridad.
Recuerda tu objetivo,
recuérdalo:
paciencia.
Desea,
obtén,
gánate las cosas,
recibe,
rechaza,
recompénsate.
Empieza,
para poder terminar;
termina,
para poder empezar.
No te des por vencido,
mas no luches batallas innecesarias.
Levántate,
No eres un mueble.
Quiere,
que así y todo
¡yo te quiero!

4. Me redime el eclipse. Jorge Zanzio

Personajes: El HOMBRECITO

El HOMBRECITO está vestido con prendas viejas, desgarradas, pero por el colorido de las mismas inspira más alegría que pena. También lleva puesto un sombrero de bufón hecho de papel.

El HOMBRECITO. ¡Talán, tilín! ¡Talán, tilín!

¡Ya se pone la nave en movimiento y todos aún siguen amontonados! ¡Vamos, vamos señoras y señores, niñas y niños, asciendan por favor!

¡Talán, tilín! ¡Talán, tilín! Ahí están, apretados y apretadas como ovejas, pensando vaya uno a saber ¿en qué? Tal vez se les escapen las buenas ideas creativas de tanto pensar en volver a casa, o de añorar a la mujer

o al hombre que desean y que hoy, justo hoy, deben despedir con el último abrazo, con el último beso, con el último adiós... Tal vez...

¡Perdón, perdón! Yo no suelo ponerme así de pesado, más bien soy alegre y siempre preferí la comedia al drama, el alcohol a la leche, el churrasco al hígado, y una buena caricia a una bofetada. Lo que sucede es que esta noche parece que va haber eclipse de luna, y cada vez que se desarrolla ese acontecimiento astronómico a mí se me agita todo el interior, la vida; se me revuelven los sentimientos hasta el borde del vómito, e incluso hasta me dan ganas de llorar, y eso que soy difícil para la lágrima. No sé en qué puede influir un eclipse con mi emoción y mis tripas, pero así se presenta siempre, y no veo por qué hoy debería ser la excepción. Pero a pesar de todo eso, para mi consuelo y el de ustedes, antes que me domine la mala vibra voy a arrojar al excusado todo lo que me fastidia de mí, y que es mucho, aunque para ser sincero, mucho más es lo que me enorgullece y me eleva. Soy un bufón desde que tengo uso de razón, y desde el inicio, en vez de divertir a la corte que está llena de gusanos elegí entretenér a la gente común y en los espacios públicos; hacerlos reír, hacerlos olvidarse de sus problemas por un rato.

¡Talán, tilín! ¡Talán, tilín! Esa es la campanita que tengo en la voz y como ya se habrán dado cuenta la uso para que me presten atención; el artista pone el arte y ustedes la mirada. ¡Okay! hoy también divago más de lo normal. ¡¿Saben?! Yo siempre he dicho, le comento a la gente que mi década maravillosa pasó, que sucedió cuando mis piernas respondían a mis acrobacias, cuando podía pararme de cabeza sostenido solo por dos dedos: el índice y el pulgar de mi diestra; cuando cada giro en el aire, cada pируeta le arrebataba suspiros a todo el mundo quedándose con la boca abierta. Muchas veces añoro el pasado hasta que, siempre termino dándome cuenta que, la vida es como un viaje en subte, en cada estación te puede sorprender algún gesto, entonces me contradigo, y a pesar de ya no tener la destreza de los veinte vocifero afirmando que lo mejor está siempre por venir, porque la sorpresa no se acaba nunca. La sorpresa es la zanahoria de la existencia, el incentivo, el entusiasmo por el cual, al menos yo, continúo respirando.

Bueno, ya los voy dejando, y les prometo que la próxima vez que nos veamos dejaré de lado los divagues y les presentaré mi show de humor. Pero hoy me sabrán disculpar, hoy me redime el eclipse.

Entrega algunas flores imaginarias.

5. En busca del metro perdido. Jorge Moreno

Personajes: MAMÁ Proust, madre del genio. MARCEL Proust, el genio referido. Voz que anticipa cada estación. La obra tiene lugar en un atestado vagón del metropolitano parisín... Esto... madrileño.

Acto único

MAMÁ Proust y su vástagos MARCEL abordan el más atestado vagón de metro. Ella porta un plano. Parecen confusos -lo están-.

MAMÁ. Oh, Marcel, mon petit ange: comment tu te sens?

MARCEL. (Tras un profundo suspiro.) Accablé par la morne journée et la perspective d'un triste lendemain.

MAMÁ. (Mirando en derredor.) ...O sea, que nos hemos perdido.

MARCEL. Dicho de manera técnica... oui: del todo.

MAMÁ. Pero... ¿cómo es posible?

MARCEL. C'est la vie, madre; habremos confundido la línea azul marino con la línea azul celeste, o la fucsia con la rosa, o tal vez hemos accedido a la línea azafranada buscando un naranja sin matices; imagínate lo que debe de suponer este infierno para un daltónico; es más: imagínate a un daltónico... qué sé yo... en Chueca, por ejemplo, rodeado de arcoiris por todas partes.

MAMÁ. (Consultando el plano.) ¿Chueca? ¿Qué parada es ésa? Diríase que... ya no conozco París.

MARCEL. ¿P... París? (Se atusa el bigote.) ...Madre: tengo la impresión de que nos hemos desviado sobre la ruta prevista y ya no estamos en París (Mira en derredor.) -ni a comienzos del siglo veinte, todo hay que decirlo.

MAMÁ. ¿Insinuás que estamos en... ¡las afueras! Ah, no; eso sí que no: la familia Proust no debe mezclarse con los bajos fondos. (Plegando el mapa.) Vámonos.

MARCEL. Si ni siquiera sabes cuál es la próxima parada, mamá.

MAMÁ. ¿Insinuás que no sé leer un mapa? (Lo esgrime al revés, por cierto.)

MARCEL Los mapas están demodé: hoy, para ubicarse, los intrépidos manejan... (Señalando a los viajeros que porten un teléfono móvil.) esos extraños artilugios que lleva todo el mundo consigo... y que no distinguen entre clases sociales, razas, religiones o sexos.

MAMÁ. Da lo mismo: hay que abandonar el coche antes de que sea demasiado tarde; ahora, que aún atravesamos el casco urbano. Es indiferente que la próxima parada sea Gare du Nord, Gare de l'Est, Gare St. Lazare...

La Voz que anticipa la siguiente estación -madrileña, claro- interrumpe el afán enumerativo de MAMÁ.

MAMÁ. (Adaptándose a las circunstancias.) ...O... (Nombra la estación referida, sea cual sea ésta.) Allez, Marcel! Sigamos... (solemne) En busca del metro perdido.

Las puertas se abren; los personajes descienden al andén.

MARCEL. ¿Falta mucho? Tengo hambre. ¿Cuándo llegamos? Tengo pis.

Desaparecen entre la muchedumbre, sin dejar de consultar los indicadores. El metro reanuda su marcha.

Telón

(Si hubiera tal posibilidad –que no es el caso–)

6. El mundo que escucho. Doménica Bravo

Personajes: CHICO. AMANDA. CINCO PERSONAS.

Un CHICO entra en el metro con auriculares puestos. Lleva una guitarra y una mascarilla con notas musicales.

Se posiciona en el metro y comienza a escuchar su canción “Can-can”. De repente, en el estribillo de la canción, las CINCO PERSONAS a su alrededor comienzan a tocarlo en una especie de body percussion. El chico no se lo cree y, cuando se quita un audífono, todos vuelven a su lugar. Se debe bajar en la siguiente parada.

El personaje AMANDA, entra en el coche, el resto de personajes ya esperan allí. AMANDA sale por la puerta del metro, el resto de personajes se queda.